



Dr. Osvaldo Puccio

Entre el peligro y la oportunidad

Europa y la crisis de Ucrania

Paul Bäumer el protagonista de la novela de 1929 “Sin novedad en el frente” del escritor alemán Erich María Remarque mientras está en el barro de alguna trinchera de la Primera Guerra en el frente occidental se imagina que esta se decide ya no más movilizandando miles y miles de jóvenes a la muerte, sino en un combate singular -con todos esos jóvenes soldados mirando- entre dos generales, uno por cada lado y sin más víctimas que alguno de ambos al final.

En el caso -improbable- que el conflicto en torno a Ucrania que ha dado pábulo a una de las situaciones más delicadas y peligrosas en Europa desde la guerra de los Balcanes devenga en un conflicto armado mayor sería difícil definir - al menos por “Occidente”- de qué bandera ha de ser el general que asuma la lid, desde luego no podría serlo el Almirante Kay-Achim Schönbach Comandante en Jefe de la Marina alemana que afirmó “que era un sinsentido pensar que Rusia pretendiera invadir Ucrania” para agregar que “Putin merecía respeto y que la península de Crimea nunca volverá a Ucrania”. Con independencia que en los países de democracias consolidadas los mandos militares no son personajes de la vida pública y mucho menos se permiten opiniones personales por lo que huelga decir que Schönbach renunció dentro de la hora siguiente a sus expresiones ellas son un síntoma de las visiones distintas en todos los países, planos y niveles de Europa frente a las relaciones con Rusia y en ese marco con el conflicto que se ha ido configurando en la frontera oriental de Ucrania.

““

“que era un sinsentido pensar que Rusia pretendiera invadir Ucrania” para agregar que “Putin merecía respeto y que la península de Crimea nunca volverá a Ucrania”

El escalamiento de la situación en el frente oriental de la OTAN o el occidental ruso no tendría explicación de no ser por la salida humillante de los EEUU de Afganistán y los efectos en la posición estratégica de los distintos grandes jugadores en el proceso de reordenamiento de las hegemonías actualmente en curso a nivel global.

La derrota en Afganistán fue en rigor una derrota colectiva de la OTAN, en lo militar, en lo político y muy fuertemente en lo simbólico en tanto en este conflicto un país de la Alianza, en este caso nada menos que los EEUU, apeló por primera vez en la historia del organismo al artículo 5 del tratado que obliga al resto de los miembros del pacto a solidarizar con el que se siente agredido y poner a disposición sus propias fuerzas.

El conflicto en aquella región terminó en agosto de 2021 no de manera muy distinta a como en su día le sucedió al entonces poderoso Imperio Británico o a la Unión Soviética en los setenta, ochenta del siglo pasado deviniendo en un ingrediente importante de su implosión en los albores de los 90 del siglo XX.

La salida dramática y caótica de las fuerzas aliadas de Kabul traían inevitablemente a la memoria los racimos de seres humanos colgados de helicópteros tratando de salvarse a cómo diera lugar de la ocupación definitiva de Saigón por las fuerzas del Viet Kong.

La diferencia, entre otras muchas, con Viet Nam en abril del 75 era que simultáneamente a la estampida de Kabul se inauguraba en Washington un gobierno que sucedía a un presidente que había aislado a los EEUU de una manera sin precedentes de sus aliados históricos y que había puesto en duda no sólo en la retórica la validez y legitimidad de las instituciones democráticas del país, sino también había materialmente atentado contra ellas.



La soledad y la caída del prestigio de los EEUU a partir de la administración de Donald Trump -máxime si se tiene en cuenta que un porcentaje que se acercaba peligrosamente a la mitad de los electores del país había dado por deseable su gestión- hacían que las fuerzas democráticas a nivel global y especialmente los aliados europeos del país vieran con esperanza el triunfo de Biden un político de un talante completamente distinto al que se negaba a dejar la Casa Blanca, pero también reafirmaba los debates europeos en relación a los desafíos propios frente a su seguridad.

Junto a esa esperanza que a su muy poco andar se veía ensombrecida por las imágenes de la primera fuerza militar del planeta derrotada por “un ejército de desarrapados” los países centrales de la Unión Europea -y no solo ellos- tomaban entonces nota de la debilidad y precariedad de la capacidad de liderazgo de Washington y la necesidad de asumir con mayor independencia los desafíos de su propia seguridad.

En este contexto hay que entender cuando Josep Borrel el actual Alto Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad afirma que la Unión Europea debía aprender a hablar con “el lenguaje del poder” y algún otro líder del continente se refería a la OTAN como un organismo “en muerte cerebral”.

Desde la perspectiva de la Unión Europea la crisis en las fronteras de Ucrania coloca de manera muy patente su difícil e irresoluta determinación en torno no solo a su seguridad y a la manera de configurarla y ejercerla, sino más allá aún al modo y manera cómo se plantará en el cuadro hegemónico global en curso de formación.

Ello se traduce para la Unión Europea en primer lugar y esencialmente en definir la manera y la profundidad de la relación con los EEUU en los aspectos de su propia seguridad. Ese vínculo hace referencia a la esencialidad de la construcción de Europa Occidental tras el fin de la Segunda Guerra y ese vínculo tal y cómo ha existido hasta ahora es el que está cuestionado.

Enseguida el segundo aspecto que la Unión Europea debe resolver cuando habla de seguridad es el modo, manera y límites de la vinculación, en este caso de ineludible y permanente convivencia de vecindario territorial (valga la perogrullada geográfica) con Rusia.

También y no en último término con la potente y emergente China, que en esta situación en torno a Ucrania pareciera querer asumir la posición del “quinto en discordia” en el sentido que explica con belleza Robert Davies en su novela homónima cómo “él que sin ser el héroe o la heroína, pero tampoco el confidente o el villano, son igualmente importantes para el desenlace de la trama”.

La crisis de Ucrania permite tanto a los Estados Unidos como a Rusia retrotraer la situación internacional a los tiempos de gloria hegemónica de ambas potencias cuando en la guerra fría definían el estado de cosas en el planeta “têtê à têtê” sin más actores... y mucho de eso tiene el actual conflicto y desde luego a ambos les gusta el nostálgico rol.





Podemos alejarnos de Metternich viendo la política internacional cómo un juego de intereses objetivos e impersonales y acercarnos a Freud y tratar de desentrañar los humores y vanidades de Vladímir Putin y Joe Biden o ensayar una mezcla de ambas aproximaciones en la que encontraremos más de una clave comprensiva cierta. Ambos (nación y líder) ganan en ello, aunque sin duda el que adquiere más presencia y prestancia como jugador de primera selección es Rusia (y Putin). Eso se condice con el aumento y fortalecimiento de su autoestima luego de la larga humillación (ninguno diríamos en Chile) a la que fuera sometida Rusia tras su derrota en la Guerra Fría y el escarnio en la guerra de los Balcanes en la que las potencias occidentales del propio continente fueron poco más que simples espectadores.

A tenor de las expresiones y actos de los líderes europeos presentes en Bruselas es una situación en la que expresamente no quieren estar y deben buscar por tanto centralidad y protagonismo singular, propio e independiente en las cuestiones del continente, también a su modo la complicada Inglaterra en su camino propio

Para Rusia el asunto ucraniano tiene que ver en lo estratégico con el aseguramiento de su „espacio de seguridad“, con la profundidad territorial que desde tiempos inmemoriales requirieron los mariscales rusos para sentirse y estar seguros, son 44 millones de seres humanos en un territorio de más de seiscientos mil kilómetros cuadrados entre el actual territorio de Rusia y la Europa Occidental, pero la geopolítica no es el único factor, hay uno subjetivo, que tiene que ver con los elementos de la identidad propia en una cultura que ello es un factor muy presente y esencial de su definición. Eugen Rumer del Centro Carnegie afirma en un artículo que „ninguna parte de los imperios ruso y soviético ha jugado un papel más grande e importante en la estrategia rusa hacia Europa que la joya de la corona, Ucrania“. Los rusos entienden que el origen de la nación se sitúa en el siglo 8 en Rus de Kiev en la gran federación de tribus ortodoxas y rusohablantes.

A ese origen común y a esa pertenencia hace mención una y otra vez Vladímir Putin como sustento de lo que probablemente entienda como su legado, la Gran Rusia más en el tono imperial de Catalina que en su versión soviética aun cuando definió su fin „como la mayor catástrofe geopolítica del siglo veinte“. Ejemplos de grandes escritores rusos como Nikolai Gogol que son de origen ucraniano reafirman el sentimiento de constituir una sola nación.

Ello no obsta para que en la propia Ucrania haya en sus regiones occidentales un fuerte sentimiento de identidad propia y de ajenedad con lo ruso. Son las regiones que tuvieron un devenir y una pertenencia histórica y cultural distinta al imperio ruso, pertenecieron a Austrohungria y se sienten por tanto tributarios de esa tradición religiosa e histórica mucho más vinculada a Occidente. Ahí se encuentran explicaciones de larga data al conflicto que terminó en 2014 en medio de multitudinarias protestas conocidas como la „revolución naranja“ que derrocaron al gobierno pro ruso de Viktor Yankóvich y convocaron la elección que eligió un gobierno pro occidental que comenzó a buscar la integración del país a la Unión Europea y, lo que a las finales lo hace intolerable para Moscú, a la OTAN. Fue en el curso de estos acontecimientos que se produjo la ocupación de Crimea y la guerra separatista en Donbás. De ese conflicto surgió el hasta ahora casi del todo incumplido acuerdo de Minsk I y II (2014/2015) en que al amparo de la OSCE firmaron los gobernantes de Alemania, Francia, Rusia y Ucrania que abrió un camino de solución al conflicto en esa región.

Rusia más allá de lo que arriesga a perder en este conflicto de hacerse efectivas las sanciones de toda naturaleza con la que es amenazada en el caso de invadir Ucrania gana presencia, prestancia y protagonismo internacional y con ello busca interlocución directa y excluyente con los Estados Unidos en situación interna compleja y con sus prioridades estratégicas claramente definidas en la relación con Beijing.



En esto además por un lado excluye a la UE y eventualmente negocia bilateralmente con los países principales de esta y por otro adquiere una cierta complicidad China. Este cuadro le permite a Putin jugar fuerte con un nada despreciable margen de maniobra.

La Unión Europea por su parte, cómo lo hemos reseñado en trabajos anteriores de esta serie, se encuentra en un punto de inflexión en que ha sabido no sin dificultades y contradicciones enfrentar con éxito y unidad la pandemia, ha sido capaz de darse una perspectiva económica y de inversiones de magnitudes enormes, pero sigue siendo desafiada por crecientes tendencias nacionalistas de dudosa condición democrática que en países centrales han llegado a obtener representación parlamentaria nada despreciable o simplemente se han enseñoreado de manera ostentosa y por ratos desafiantes en países como Polonia o Hungría.

En ese cuadro y de cara a la relación con Rusia que es la que nos ocupa en este trabajo el fin de lo que ha dado en llamarse la „era Merkel“ y el avance tras largo tiempo en la oposición de partidos y fuerzas cercanas a la socialdemocracia, principalmente en Alemania, abren situaciones en que no es fácil consolidar posiciones únicas dentro de la Unión y en la que se abre un compás de espera que no ayuda precisamente a un mayor protagonismo.

Qué duda cabe que un conflicto bélico en territorio continental es lo último que cualquiera de los países de la región quisiera desatar, pero hasta ahí llega el acuerdo porque el próximo nivel es el grado de presencia americana y a partir de ahí la relevancia de la OTAN en la arquitectura de seguridad del continente.



Ello tiene que ver probablemente con aspiraciones de mayor autonomía e independencia en el sentido más valórico, con la concepción de la Unión Europea como potencia global basada en el „soft power“ de la afirmación de la Democracia, los Derechos Humanos, la Cooperación Internacional o el Multilateralismo, pero también con asuntos de simple sensibilidad material como cambio climático, sustentabilidad o políticas energéticas que tienen como corolario una concepción de seguridad propia e independiente que se aleja del atlantismo clásico lo que necesariamente se contraponen con los intereses, historias y sentimientos de países actualmente miembros de la Unión que fueron parte de la zona de hegemonía directa de la Unión Soviética y hoy prefieren en sus territorios la presencia inequívoca de los EEUU en sus territorios a través de la OTAN.

Al final y dicho de manera de una simpleza banal el conflicto de Ucrania se reduce al punto de hasta dónde Rusia está dispuesta a aceptar la presencia de una alianza militar que considera hostil (a la Unión Europea la entiende necesariamente imbricada con esta), cuánto los EEUU consideran posible ampliar esa presencia sin que se desate un conflicto armado que corra el riesgo cierto de salirse de control y con cuánta fuerza y decisión Bruselas es capaz de imponerse como parte decisoria en el conflicto y no ser a lo más un inseguro buen componedor. Alemania y Francia aunque con un Macrón peleando su reelección están por un rol más autónomo de la OTAN y claramente Polonia y los Bálticos la prefieren desplegada en sus propios territorios.



En esa línea la más alta autoridad de relaciones exteriores rusa ha asegurado que „no hay ni intención ni posibilidad de conflicto armado en Europa“.

En este cuadro parece importante distinguir la retórica -por ratos exageradamente belicosa- de las posibilidades e intenciones reales que seguramente se parecen más a la diferencia que hace el Presidente de los Estados Unidos referida a Ucrania y la reacción de su país entre „invasión“ e „incurción menor“. Obviamente todo indica que la ocupación rusa de Crimea -es importante ver la historia de la posesión del lugar en todo caso- cabe más en esta última categoría que en la condición de invasión. Probablemente una resolución del conflicto del Donbás que es la región más al oriente de Ucrania en donde con apoyo de Moscú un movimiento separatista „étnicamente ruso“ - lo que quiera este concepto signifique en cualquier zona del planeta mucho más si es fronteriza- busca independizarse para unirse a la Federación también habrá de considerarse „incurción menor“

En esa línea la más alta autoridad de relaciones exteriores rusa ha asegurado que „no hay ni intención ni posibilidad de conflicto armado en Europa“.

En la Unión Europea Olaf Scholz el sucesor de Merkel encabezando una coalición inédita en el país aunque con uno que otro acento distinto sostiene la política de diálogo independiente de su antecesora con Rusia muy en concordancia con Macrón quien en la vieja y consistente tradición gaullista busca una relación de mayor independencia de los EEUU y la OTAN en asuntos de defensa y por tanto de mantención casi contumaz del diálogo con Moscú independientemente de lo ríspido que vayan las relaciones cómo es el caso actualmente.

En ese sentido las declaraciones del Almirante alemán que citáramos más allá que le hayan costado el cargo reflejan de uno u otro modo un cierto sentido común europeo de los jugadores principales frente a Rusia.

Estamos frente a un conflicto con muchos peligros, en esta línea es recomendable el último libro de Margaret Mc Millan acerca del modo cómo se desatan las guerras con el paradigmático caso de la guerra del 14 cuyo inicio fue una sucesión de casualidades fatales, incompetencias y mediocres poderosos, aunque en este caso pareciera que el conflicto armado en gran escala es la más improbable de las posibilidades por no decir ninguna.

Se abren, sin embargo, con este conflicto caminos que pueden redundar en pasos positivos hacia un nuevo orden en Europa que tienda a normalizar las relaciones de las distintas regiones del continente que tienen más allá de una cultura, una historia y una geografía íntimamente imbricada, una ineludible y muy estructural interdependencia económica empezando, a modo ejemplar, por el hecho que el 70% de las exportaciones de energía de Rusia van a la UE lo que implica para ella el 30% del petróleo que consume y más del 40% del gas. Ello con tendencia a aumentar cuando entre en actividad el segundo gasoducto que une Rusia con Alemania con capacidad de bombear 55 mil millones de metros cúbicos al año. Demás está precisar que el funcionamiento de este gasoducto es un punto de discordia entre Alemania y EEUU en tanto este último busca convertirlo en un factor de presión a Rusia en el conflicto en torno a Ucrania lo que Alemania por su parte busca evitar.

2200 kilómetros de frontera común, a lo que hay que agregar el enclave de Kaliningrado, hacen ineludible un entendimiento entre la UE y Rusia y eso lo saben los liderazgos de ambos espacios europeos

Fin.



Dr. Osvaldo Puccio

Phd EnFilosofía

Universidad de Humboldt de Berlín